

Kate Taylor

Madame Proust y la cocina kosher

Traducción del inglés de
Alejandro Palomas

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

«La vida es muy agradable, pero carece de forma.
El objeto del arte es, sin duda, dársela...»

Jean Anouilh, *El ensayo o el amor castigado*

SOPHIE necesitaba unas piedras, pero no se le ocurría dónde encontrarlas en plena ciudad. Aunque no buscaba grandes pedruscos, tampoco estaba dispuesta a conformarse con un puñado de grava que podía coger clandestinamente del diminuto jardín urbano que sobresalía apenas un metro sobre la acera delante del piso bajo del edificio situado a tres puertas del suyo. Mientras pensaba dónde podía encontrar especímenes de mayor tamaño, se acordó con una mezcla de cariño y de arrepentimiento del cubo de latón lleno de pequeños cantos y conchas marinas que durante muchos años la pequeña había guardado en su habitación: recuerdos que había recogido en la playa durante las vacaciones y de los que se había negado a separarse al llegar el momento de tomar el tren de regreso a casa. Sophie se acordó también de los frecuentes paseos por los bosques cercanos, donde sin duda debía de haber todo tipo de rocas dispersas bajo los árboles. Pero la niña había crecido y se había marchado, y hacía ya tiempo que el cubo de latón yacía sumido en el olvido. La familia no había vuelto a viajar a la costa normanda desde el estallido de la guerra y aunque la entrada del Bois de Boulogne estaba a tan solo a diez minutos a pie del apartamento, Sophie cada vez se atrevía menos a aventurarse más allá de la panadería de la esquina y no deseaba arriesgarse a tener que sumar una salida adicional a la misión que la ocupaba. Tendría pues que confiar en que encontraría las piedras al llegar a su destino.

Vio, aliviada, que Philippe también había salido antes esa

mañana, de modo que no tuvo necesidad de dar explicaciones sobre su partida. La comunicación era cada vez más difícil entre ellos y no tenía energías para inventarse una mentira que la respaldara mientras abría la pesada puerta de roble del apartamento. Durante el tiempo que la niña había estado con ellos, se habían mantenido unidos y resueltos en la ejecución de sus planes: Sophie y Philippe conseguirían poner a su hija a salvo aunque para ello tuvieran que invertir en la empresa todos sus ahorros. Sin embargo, cuando, tras nueve largas semanas desde la noche de su separación de la pequeña, supieron que el grupo en el que viajaba la niña había logrado cruzar el puesto fronterizo de Hendaya y pasado sano y salvo a España, el foco en el que habían estado concentrados se disolvió y la unidad quedó fracturada.

Al principio, Philippe pedía permiso a Sophie antes de vender algo. Desde el primer momento, habían acordado que la cubertería de plata, regalo de bodas de la madre de ella y cuyas piezas estaban delicadamente labradas con tracería de hojas de parra, era sagrada, tras lo cual habían agonizado juntos intentando decidir cuál de sus pertenencias era más prescindible. Sin embargo, ahora Sophie sabía lo que él se llevaba solo cuando notaba su ausencia. Podía estar leyendo sentada en el salón y, al levantar los ojos hacia la repisa de mármol de la chimenea para ver la hora, encontrarse con que el reloj dorado con las figuras de ninfas del bosque que sostenían su esfera blanca y negra había desaparecido. O si estaba buscando un plato en el que servir una magra comida de patatas hervidas y alubias, advertir que el armario donde guardaban la vajilla estaba menos repleto que antes y descubrir que la porcelana de Sèvres ya no estaba.

Esas pérdidas se callaban y Philippe ya no la hacía partícipe de sus planes. Aun así, Sophie sabía que probablemente él había salido esa mañana a visitar a algún otro comerciante. En los tiempos que corrían, ese era el único motivo que tenía Philippe para salir del apartamento. Cuando, con la imposición de los cupos de oficios, él perdió la consulta, salía a diario e iba apresuradamente a la Cité en metro porque el *Maître Richelieu* le había dado un trabajo como secretario en su oficina. Pero Philippe no podía seguir arriesgándose a desplazarse dia-

riamente, y tampoco su anterior colega podía correr el riesgo de emplearle. Se pasaba los días leyendo el periódico y rebuscando inútilmente entre sus viejos archivos. Suspendidos entre la vida que habían llevado hasta entonces y el futuro incierto, parecían haber quedado momentáneamente abandonados a merced del tiempo. Cada vez más, Sophie anhelaba que ocurriera algo que pusiera fin a la situación y había empezado a pensar que cuando por fin llamaran a la puerta, encontraría en ello un alivio.

Solo le quedaba esa última misión por cumplir. Se abrochó con firmeza el cinturón de la trenca de color pardo –necesitaría sin duda sus bolsillos hondos y resistentes para cargar en ellos las piedras que pudiera encontrar– y salió sigilosamente al descansillo. Se asomó por encima de la barandilla de hierro forjado y miró hacia el vestíbulo, situado cuatro pisos más abajo, para cerciorarse de que madame Delisle no estuviera allí, barriendo la alfombra o sacando lustre a los pilares de bronce de la escalera. El vestíbulo estaba de momento vacío y Sophie bajó apresurada aunque silenciosamente. Salvó sin hacer ruido el último escalón, se deslizó por el vestíbulo vacío como un fantasma y salió a la calle.

Se dirigió deprisa hacia el metro, intentando adoptar un paso lo suficientemente rápido como para dar a entender que la movía una misión legítima aunque no tanto como para que nadie pensara que huía de algo. Hacía un día agradable, todavía caloroso a pesar de estar ya en pleno octubre, y no pudo evitar dejar que la luz le caldeara el rostro. Desde La Muette, la parada en la que tantas veces antes había subido al tren confiada y sin temor alguno, tomó el metro hacia el este, manteniendo la cabeza gacha para no cruzar la mirada con nadie, escudriñando ansiosa no ya los rostros de los demás pasajeros sino su calzado igualmente revelador. Buscaba atemorizada las botas de cuero perfectamente lustradas de algún gendarme u oficial alemán, pero no vio ninguna y cuarenta minutos más tarde llegó sin novedad a su parada, Père Lachaise.

Père Lachaise es el cementerio más famoso de París. Al cruzar la verja de entrada, Sophie se oyó pronunciando esas palabras en su cabeza al modo de un guía turístico y entendió que estaba hablando a su hija. «Este es el cementerio más famoso

de París», continuó al tiempo que se adentraba por uno de los trillados senderos de fango, «donde yacen Sarah Bernhardt, Oscar Wilde y Marcel Proust. Mira, cariño, ahí está la tumba de Alfred de Musset. Sí, esa, la del pequeño sauce. Es el hombre que da nombre a nuestra calle, un gran escritor». De hecho, y en secreto, siempre había opinado que aquel árbol era una ridiculez. El poeta había pedido que le enterraran debajo de un sauce, y en vez de buscar la orilla de un río para tal efecto, su familia le había enterrado en el Père Lachaise y había plantado aquel patético espécimen sobre su tumba. Pero Sophie nunca había compartido esa crítica con su hija.

«Aquí es donde descansan los grandes artistas de Francia», prosiguió. «El escritor Alphonse Daudet está aquí, y también los pintores Géricault y Delacroix, el dramaturgo Beaumarchais, la poetisa Anna de Noailles, y Georges Bizet, el compositor de *Carmen*. Aquí es donde el Faubourg Saint-Germain encuentra su amargo final. Aquel monumento contiene los huesos de los de Guiche. Los de Brancovan están también por aquí, y los Rothchild y todas las grandes familias. Está el conde de Montesquiou, famoso dandi en su día. Y mira, esa es la tumba de Félix Faure, el presidente de la República. Murió en brazos de su amante en pleno apogeo del caso Dreyfus.» A decir verdad, esa clase de cosas no se explicaban a una niña que todavía no había cumplido los doce años, del mismo modo que tampoco podía explicar por qué el escritor inglés Oscar Wilde había sido enterrado en París, exiliado y caído en desgracia.

Al ver el monumento dedicado a la memoria de Faure, Sophie vio también un pequeño claro de tierra desnuda situado justo detrás, que señalaba el espacio de una futura tumba. Se acercó y empezó a apartar con la punta del pie las hojas secas y la hierba medio muerta. Pronto dio con lo que buscaba: una piedra redonda de cantos suaves y del doble del tamaño de una moneda de un franco. Tras apartar más hojas y hierba con el pie, logró recoger una docena de piedras del mismo tamaño que se metió en los bolsillos y siguió subiendo colina arriba hacia lo alto del cementerio.

Cuando llegó a las tumbas de los suyos, Sophie entendió por qué hablaba a su hija. Podría haber llevado allí a la pequeña an-

tes de su partida. En aquel entonces la idea ni se le había pasado por la cabeza. Apenas había habido tiempo, solo un día para preparar una bolsa de viaje lo suficientemente pequeña para que la niña pudiera cargar con ella, para hacer promesas, para mirarla durante un breve instante rápidamente interrumpido por la llegada de una señora y un caballero que habían venido a buscarla diez minutos antes de la hora acordada. Bueno, Sophie decidió que pondría solución a eso y prosiguió con la visita guiada en su cabeza.

«Esta es mi familia», diría al volverse hacia el monumento de mármol negro en el que figuraba la inscripción WEIL. «Eran oriundos de Metz, de la Lorena. Fuimos una vez, cuando eras muy pequeña. Bueno, seguro que no te acuerdas, eras demasiado pequeña. En cualquier caso, no importa porque todos hemos vivido aquí, en París, desde hace muchos años. Mi bisabuelo hizo fortuna con los botones. Ya, bueno, todo el mundo necesita botones y alguien tiene que fabricarlos. El bisabuelo tenía una fábrica que se dedicaba exclusivamente a fabricar botones.

»Y mi padre, tu *grand-père*, era soldado, cariño, y luchó en la guerra. No, no en esta, sino en la Gran Guerra de 1914. Le condecoraron con la Croix de Guerre, una medalla, por su valor en Verdún. Sobrevivió a las trincheras, pero cuando volvió a casa murió víctima de la gripe. La gripe mató a mucha gente en ese tiempo. Ahora tenemos toda clase de medicamentos, pero en aquellos días las cosas eran distintas. Enfermabas y morías. Yo era apenas una niña y casi no conocí a mi padre, pero tu abuelo fue un héroe, cielo. No te olvides de eso en tu nuevo hogar. Diles que tu abuelo luchó por Francia.

»Y allí está *Grand-mère*. Hace ahora dos veranos, ¿te acuerdas? Mejor así. Era ya muy mayor. Mejor que no haya visto... Bueno, mejor así.»

Sophie giró la cabeza, apartando los ojos del nombre de su madre, y se volvió a mirar hacia el fondo del camino, a la piedra gris que señalaba la tumba de los BENSIMON, su familia política.

«Esta es la familia de tu padre. Son los únicos, no hay otros Bensimon en París. Fueron en su día mercaderes en Tángrer y en Ámsterdam, aunque viven en Francia desde la Revolución.

Ahora son prominentes parisinos, y todos abogados. Como tu padre.

»Nuestra gente pertenece a este lugar, cariño. Ah, sí, los Rothschild eran banqueros de Napoleón, y Sarah Bernhardt fue la actriz más maravillosa que ha dado Francia. Está por ahí, a tu derecha. Henri Bergson está aquí. Era filósofo, y un anciano. Murió el año pasado. Creo que a causa de sus pulmones. Y Marcel Proust, el famoso escritor, aquí. También él era judío. Por parte de madre. De hecho, era prima lejana de mi padre. Sí, estamos enterrados entre lo más granado.

»Este es nuestro lugar, cielo: París. Y aquí, en el Père Lachaise, todo París se extiende a nuestros pies.»

Sophie sacó unas cuantas piedras de su bolsillo y las colocó en equilibrio con cuidado sobre la parte superior plana del panteón de los Bensimon, antes de retroceder hasta la tumba de su propia familia. Allí, la lápida vertical se arqueaba en el techo, con lo cual no logró encontrar un lugar donde poder dejar las piedras aparte del suelo. Las enterró un poco, calculando que así permanecerían más tiempo allí. Mientras las colocaba, se le ocurrió que todo habría sido más fácil si hubiera practicado la religión de sus vecinos. No habría tenido que salir a escarbar para recoger las piedras. Las floristerías habían estado vacías ese invierno, pero con la llegada del verano las existencias habían aumentado y podían encontrarse bonitos ramos en los bulevares: pequeños ramilletes de crisantemos que llevar a una tumba. En cualquier caso, si hubiera practicado la religión de sus vecinos... Se deshizo rápidamente de la idea, incorporándose y supervisando el efecto. Ese era su recordatorio, con piedras, como mandaba la tradición. Había cumplido con su tarea. Quizá esa misma noche llamaran a la puerta. Sophie estaba ya preparada para el siguiente capítulo.

PARÍS, 7 DE NOVIEMBRE DE 1890, VIERNES

El doctor está furioso con los ingleses. Esta mañana ha recibido una carta plagada de excusas y de dudas del ineficaz doctor Thompson en la que enumera toda suerte de motivos médicos por los que el plan no puede seguir adelante; aseveración que, sin duda, no es más que una patraña. Ya están los británicos jugando a la política, como de costumbre. Ayer el doctor se encendió visiblemente al hablar del tema, y cuando pregunté cómo era posible que el doctor Thompson pusiera objeciones médicas al *cordon sanitaire*, Adrien estalló contra mí: «Por supuesto que no puede. Simplemente se las inventa para complacer a un atajo de mezquinos oficiales de Whitehall». Se expresó con tanta violencia que me permití cierta reconvencción. Yo no tengo la culpa de que los ingleses estén decididos a boicotearle, y además debería controlar sus arrebatos de mal genio delante del servicio.

Adrien se calmó lo suficiente como para explicar que todo ha terminado por mezclarse con Egipto. Y es que, al parecer, ¡los ingleses sospechan de nuestras ambiciones imperialistas en ese sentido! Sería irrisorio de no ser por lo triste que resulta. Adrien concluyó diciendo que le traía sin cuidado quién fuera el amo de Egipto, que lo único que él quería era salvar a los europeos del cólera, y a decir verdad sentí lástima por él. Realmente lo cree así y el proyecto le importa tanto que en estos últimos años ha encanecido considerablemente.

Y este otoño ha engordado algunos kilos, a pesar de que todavía faltan casi dos meses para el Año Nuevo. Todas esas comidas de

Navidad por delante. He sugerido a Félicie que tengamos siempre fruta o gelatina de postre en vez de *pâtisserie*, aunque no me parece justo privar a Dick de sus dulces solo porque su padre tiende a abusar de ellos. En cualquier caso, Félicie y yo hemos decidido que intentaremos mantener nuestros menús frugales en casa, aunque ninguna de las dos podemos hacer nada con respecto a las cenas. Incluso aunque acompañara a Adrien más a menudo, no podría hacer nada para poner freno a esos menús. La semana pasada había langosta y salmón antes del buey y de la ternera en la cena de los Faure, ¡y cinco clases distintas de tarta de postre! A pesar de que la mesa estaba hermosa y madame se mostró muy solícita, la velada me resultó agotadora.

Tan solo faltan ocho días.

PARÍS, 8 DE NOVIEMBRE DE 1890, SÁBADO

Esta mañana me he vestido de gris por primera vez. Supongo que podría haberlo hecho hace un mes, pero me he acostumbrado a los colores de mi dolor. Adrien, que ha asomado la cabeza por la puerta antes de marcharse a la consulta a ver a un paciente, se ha mostrado muy dulce al respecto y me ha dicho que estaba estupenda. Supongo que Marie-Marguerite se expresará con mayor contundencia cuando venga esta tarde a tomar el té. A pesar de su carácter compasivo y afable, y de que se hace cargo absolutamente de la profundidad del duelo que me embarga tras la muerte de *Maman*, es muy sincera en lo que concierne a la muerte y dice que tendemos a convertir el duelo en un espectáculo. En varias ocasiones me ha advertido de que debo empezar a recibir en cuanto termine el año. Dice que resulta extraño que justo cuando más necesitamos a nuestros amigos para que nos consuelen en el dolor es cuando inventamos reglas para mantenerlos alejados de nosotros. En cualquier caso, yo nunca he sido partidaria de mantener un salón. El día en que recibo en casa se reduce a unas cuantas señoras disfrutando de una taza de té y compartiendo algunos chismes. Aun así, he decidido que el año entrante visitaré más a menudo las casas de los demás. Tengo que acordarme de decir a Marie-Marguerite que efectivamente asistí a la cena de los Faure, aunque me resultó un debut cuanto menos intimidatorio.

Pasé la tarde de ayer con Dick, repasando con suma atención su

ensayo de filosofía para que no se repita la pequeña tragedia del mes pasado. Si bien es cierto que está muy bien escrito y que manifiesta una defensa a ultranza del triunfo de la ciencia (¡su padre estaría totalmente de acuerdo!), tuvimos que trabajar muy duro para eliminar todas las construcciones poco fluidas, pues fue en eso en lo que falló la última vez. No hay duda de que carece del depurado estilo de su hermano.

Siete días. Tan solo una semana.

PARÍS, 9 DE NOVIEMBRE DE 1890, DOMINGO

Disfrutamos de una agradable velada familiar y de un delicioso estofado de conejo. Marie-Marguerite mostró un gran tacto para con mi vestido gris durante el té, de modo que después de que se marchó y mientras me cambiaba para la cena, intenté ponerme un cuello violeta en vez del negro que suelo utilizar y Georges me dedicó un cumplido. Anoche estaba francamente sembrado. No es que él no eche de menos a mamá tanto como yo, pero consigue olvidar su pérdida en cuanto está en buena compañía o cuenta alguna de sus graciosas historias ocurridas en los tribunales. Dick estaba encantado con la historia de un juez que se ha hecho famoso por retirarse a sus habitaciones a dormir la siesta. Los abogados de la sala del tribunal afirman que se le oye roncar desde los pasillos. Georges bromeaba con Dick sobre medicina, diciéndole que será sin duda un gran médico como su padre y preguntándole sobre el examen de ciencias, llamándole Robert todo el tiempo. (Dice que Dick no es un nombre adecuado para un adulto y que debemos olvidarnos del sobrenombre y así evitar que tomen a Robert por un bebé cuando ingrese en la facultad de Medicina.)

A continuación, los hombres se enzarzaron en un gran debate sobre la pasteurización. Naturalmente, están todos a favor, aunque Adrien dice que no será eficaz hasta que la gente entienda su propósito. A fin de ilustrar su argumentación, pidió a Jean que fuera a buscar a Félicie a la cocina y le preguntara su opinión. Félicie representó su papel admirablemente, diciendo que jamás había oído hablar de nada semejante y que sin duda estropearía el sabor de la leche, un comentario que hizo las delicias de Adrien.

Seis días.

PARÍS, 10 DE NOVIEMBRE DE 1890, LUNES

A veces nuestras aflicciones quedan sumidas en la confusión. Ayer por la tarde, después del almuerzo, cuando salía de mi habitación dispuesta a dar mi paseo, vi la fotografía de Marcel tomada hace ya unos años, justo antes de que empezara sus estudios en el *lycée*. Al ver esos ojos oscuros y profundos, me sentí de pronto abrumada por el dolor y, sola en la habitación, rompí a llorar. Me instalé en el pequeño sofá, intentando controlar las lágrimas –sé que Adrien se cansa de esa suerte de demostraciones y que argumenta que su prolongación es perjudicial para la salud–, y en ese momento me asombró mi estado y me pregunté por qué lloraba. Marcel, a pesar de lo mucho que me preocupa su salud, está vivo y sano, y faltan tan solo cinco breves días para que vuelva a estar con nosotros. Creo que lloraba por *Maman*, o quizá simplemente por lo rápido que pasa el tiempo, consciente de pronto de que los niños se han hecho mayores. Aunque creo que sobre todo lloraba por *Maman*. Sin embargo, a veces, a pesar de su muerte, es a Marcel a quien más echo de menos: siento su ausencia en todos los rincones del apartamento. La añoranza que me invade al pensar en él no es algo razonado que se bate firmemente en retirada a medida que se acerca su regreso, sino que varía salvajemente de un día al siguiente. Unas veces es apenas una leve sombra que podemos ignorar fácilmente y seguir con el quehacer diario, y otras, un amplio y magnífico bulevar de dolor imposible de evitar. En suma, todo se vuelve confuso. «No hay un solo rincón ni una sola esquina de esta casa que no me hiera hasta el fondo del corazón. Tu habitación me mata», escribió nuestra querida madame de Sévigné tras la partida de su hija.

PARÍS, 11 DE NOVIEMBRE DE 1890, MARTES

Adrien dice que aumentan las dudas sobre si la vacuna contra la tuberculosis descubierta por los alemanes es realmente eficaz para combatir la enfermedad. Esta tarde asistirá a una reunión de la Comisión Permanente en el Ministerio y dice que de Fleury le contará más sobre el tema, aunque teme que se hayan creado falsas expectativas. Admiro el alcance de sus intereses. Algunos de sus colegas se obsesionan sobremanera con su especialidad en particular, reservando para sí apenas un pequeño resquicio cuyos límites jamás

traspasan. Adrien jamás preguntaría por qué no existe una comisión permanente para la lucha contra el cólera. En vez de eso, se afana por ayudar con la tuberculosis. Todavía conserva esa energía. Cuánto desearía poder decir lo mismo de Marcel. Aunque he alimentado la ilusión de que el año que ha pasado lejos de nosotros le fortalecerá y le enseñará cierto grado de control, a menudo temo que el resultado sea precisamente el contrario y llegue a nosotros con la digestión destrozada y con el temperamento todavía más proclive a la extravagancia.

Ayer por la tarde fui a casa de Marie-Marguerite y mantuve con ella un fructífero *tête-à-tête*, una de esas conversaciones que nos recuerdan por qué somos tan buenos amigos de nuestros amigos. Aunque no es necesario que nada ni nadie nos lo recuerde –el afecto que me une a Marie-Marguerite jamás se debilita–, en ocasiones tenemos estos destellos de consciencia en lo que concierne a una amistad. Le comenté que a veces me siento realmente confundida e incapaz de distinguir entre el dolor que provoca en mí la pérdida de *Maman* y lo mucho que echo de menos a Marcel, y ella lo entendió perfectamente.

Marie-Marguerite recordó un episodio que había tenido lugar unas semanas antes de su boda, un día en que supuestamente tenía que haber ido al dentista. Su madre decidió que había llegado el momento de enseñarle ciertos discretos detalles relacionados con lo que debía esperar del lecho conyugal. Me dijo que esa tarde, en el carruaje, había tenido que recordarse que iba a que le examinaran una muela (una experiencia sin duda harto irritante) y no a prepararse para la noche de bodas. «Y no es que quiera denigrar tus tiernos sentimientos hacia Marcel y hacia tu difunta madre comparándolos con un dolor de muelas ni con la felicidad matrimonial... pero tú me entiendes», concluyó, y las dos nos reímos de la peculiar *mélange* de las pruebas de la vida que habíamos terminado por hacer confluír en la misma conversación.

PARÍS, 12 DE NOVIEMBRE DE 1890, MIÉRCOLES

Esta mañana he recibido carta de Marcel. Por supuesto, será la última, y me ha dado mucha rabia que se haya cruzado con la que le envié la semana pasada. Como se encargó de apuntar acertadamente

madame de Sévigné: «El problema de la correspondencia en las largas distancias es que todas las respuestas llegan a destiempo». Si mal no recuerdo, no obstante, decía a continuación que debemos aceptar como natural ese vacío, pues la contención de nuestros pensamientos resultaría sin duda demasiado restrictiva. Desgraciadamente, lamento no haber reprimido mis pensamientos sobre la dieta de Marcel, pues él me informa ahora de que vuelve a tener las tripas sueltas –o, lo que es lo mismo, con demasiada tendencia a ello– y me temo que habría sido más acertado haberle aconsejado que comiera mucho pan en vez de evitar la leche. Espero y deseo que su regreso a París nos permita controlar su dieta de un modo más efectivo y asegurarnos así de que duerme lo suficiente, de modo que pueda dominar su tendencia a la enfermedad de una vez por todas. El pobre muchacho ha pasado un año muy duro por esta causa, a pesar de sus frecuentes visitas a casa. La idea de hacer de él un soldado es, a fin de cuentas, ligeramente extravagante. En cualquier caso, la espera casi ha tocado a su fin y el sábado estará aquí conmigo.

La sala de manuscritos de la vieja Bibliothèque Nationale huele a cuero y a polvo. El aroma mantecoso que impregna la literatura sobrevuela el espacio desde los estantes llenos de gruesos volúmenes encuadernados en piel de becerro, ordenadamente colocados, hasta el fondo de una larga pared. Un penetrante olor a historia se cuele entre el enrejado decorativo que oculta de la vista los crepitantes radiadores de hierro, y también de la escoba. Exuberante el primero y acre el segundo, los dos olores se entrelazan para mezclarse, colmando el estrecho espacio con un perfume único y esquivo.

Aunque cualquier lector que alzase la nariz podría disfrutar del aroma y preguntarse confundido durante un fugaz instante por la fuente que lo alimenta, nadie lo hace. Aquí, las cabezas se inclinan sobre sus lecturas, los cuerpos se encorvan a ambos lados de las largas mesas, las mentes ocupadas y los sentidos ajenos. Los olores pasan desapercibidos y nadie echa de menos la luz del sol en la peculiar semioscuridad de la sala. En la pared situada delante de las estanterías, las altas ventanas dejarían en-